

...de la historia de la humanidad. ...de la historia de la humanidad.

cuando actúa sobre la cultura occidental, imponiendo sus costumbres, intercambiando modos literarios y difundiendo su lengua. El hombre español, su valor, su ágil sutileza y gravedad, son el arquetipo social del cortesano renacentista. Se bailan danzas españolas en los ambientes cortesanos del resto del continente, se representan comedias españolas en los teatros italianos y las imprentas de Milán, Amberes, Bruselas y París publican obras españolas incesantemente. La lengua española adquiere notable difusión. En Italia, por razones de cortesanía. Así lo afirma Juan de Valdés. Así, entre damas como caballeros, se tiene por gentileza y galanía saber hablar castellano. En Flandes, por razones de tipo financiero o de orden jurídico internacional, como se desprende de la siguiente expresión de Arias Montano, en la que justifica su proyecto de fundar en Lobaina un centro de estudios de lengua española. Por la necesidad que tienen de ella, así para las cosas públicas, como para la contratación.

Aunque es en el siglo XV cuando se efectúa la unidad política y se escribe la primera gramática romance, porque como Nebrija escribe en su prólogo, siempre la lengua fue compañera del imperio, es en el siglo XVI cuando se lleva a cabo la unidad lingüística. En 1535 escribe Juan de Valdés. La lengua castellana se habla no solamente por toda Castilla, pero en el reino de Aragón, en el de Murcia, con toda el Andalucía y en Galicia, Asturias y Navarra, y esto aún hasta entre gente vulgar, porque entre la gente noble, tanto bien se habla en todo el resto de España. Carlos de Gante, aclimatado ya en España, no usa el término castellana, sino española, en la siguiente expresión recogida por Brantoma. Señor obispo, entiéndame si quiere. Y no espere de mí otras palabras que de mi lengua española, la cual es tan noble que merece ser sabida y entendida de toda la gente cristiana. En esta preferencia...

nos dice Rafael Lapesa, confluyeron dos factores. Fuera de España, la designación adecuada para representar el idioma de la nación recientemente unificada era la lengua española. Dentro de España, aragoneses y andaluces no se sentían partícipes del adjetivo castellano y sí de español. Esta afirmación de lo español coincide con dos corrientes europeas. Una política, que va pareja a la formación de las nacionalidades, tiende a revalorizar lo propio de cada individualidad política, como consecuencia de una filosofía exaltadora de la naturaleza. De otra parte, el latín clásico, bien conocido ahora en sus diferencias con las lenguas modernas, se ofrecía ahora al humanista no como un patrón del que calcar la materialidad de su sintaxis, destruyendo la propia romance, sino una fuente de inspiración, de nueva concepción de la vida y de la naturaleza. De tal modo que ambas corrientes confluyeron en una mayor conciencia lingüística. Frente a la corriente latinizante del español preclásico, que distorsiona la sintaxis y su planta voces,

tradicionales por latinismo sin discriminación, habían reaccionado ya en el siglo XV Jorge Manrique, en cierto modo el autor de La Celestina, y el mismo Nebrija, al usar voces castellanas para su terminología gramatical. No obstante, quienes inician con un criterio nuevo la forja de la lengua clásica son Garcilaso y Juan de Valdés. Se basan ambos en un criterio de sencillez y naturalidad. El prólogo de Garcilaso a la traducción castellana de Il Cortegiano es un manifiesto literario. Escribe el poeta toledano de Boscán. Guardó una cosa en la lengua castellana que muy pocos han alcanzado, que fue huir de la afectación sin dar consigo en ninguna sequedad, y con gran limpieza de estilo usó términos muy

cortesianos y muy admitidos de los buenos oídos, y no nuevos ni al parecer desusados de la gente. Hay pues un criterio de selección equidistante por igual del neologismo y el arcaísmo en cuanto a los vocablos, y de naturalidad, en la expresión. El mismo lo aplica a su lenguaje poético, que dentro del entecasílabo fluye con su...

suavidad formando con palabras corrientes, comparaciones sencillas y metáforas fáciles. Su gran mérito precisamente es la armonía con que funde el metro innovador y el lenguaje sencillo para expresar un mundo interior sereno, aunque no exento de tensión emocional contenida. Su aportación a la lengua consiste en dar a la palabra más usual su prístino significado en el latín clásico, sin que choquea al lector español. La evolución de la lengua y el rápido cambio de gustos experimentados desde que Juan de Mena escribiera su laberinto de la fortuna, el repudio de la sintaxis distorsionada y el vocabulario hartado latinizante que sirvió de modelo a Antonio de Nebrija, hacen que Juan de Valdés, en su diálogo de la lengua, adopte una preferencia basada en la norma de las gentes de buen gusto. Su autoridad no es literaria, no se apoya en la grafía, sino en la pronunciación y el buen sentido. Y a pesar de su gusto por las expresiones recogidas por los refranes populares, desecha las formas rústicas y vulgares. El mundo idílico y equilibrado que se ha convertido en un mundo de la lengua, es un mundo que, como se plasma en la obra de Garcilaso, corre para la vida.

paralelo a la crisis religiosa experimentada por la corriente erasmista que culmina en la crítica social del lazarillo. De estilo sobrio, realiza hallazgos lingüísticos, sobre todo en el plano semántico. Así, al parafrasear las escrituras, las dota de un contenido sarcástico, cuando al hablar de su padre ladrón, dice Lázaro, Confesó y no negó, y padeció persecución por justicia. Esperó en Dios que está en la gloria, pues el Evangelio los llama bienaventurados. Al cosmopolitismo de la primera mitad del siglo XVI, sucede un proceso de interiorización, consecuente con el espíritu de la contrarreforma, que se plasma en la eclosión de una espléndida literatura religiosa. San Juan de la Cruz y Santa Teresa dan una nueva dimensión al idioma con sus experiencias místicas. Este mundo interior, de por sí inefable, recurre al símbolo y con frecuencia al contrasentido para expresar las vivencias y conceptos inexpresables, creando un instrumental lingüístico psicoanalítico.

muriendo, dice Santa Teresa, pena delgada. El alma es para ella un castillo interior. En el lenguaje teresiano, abundante en formas de la hidalguía rústica castellana, el habla coloquial alcanza límites artísticos insospechados. Nadie como San Juan ha expresado el amor divino y las distintas etapas por las que el alma llega a ver la naturaleza traspasada de la belleza del amado, en un camino que va de la noche oscura de los sentidos a la unión mística que configura la visión de las criaturas como una manifestación amorosa del Creador. La poesía platónica de Fray Luis de León recuerda en las postrimerías del siglo el lenguaje tarso y sencillo de Garcilaso. Su espíritu fogoso canta con emotiva pero cuidada llaneza la vida retirada del campo. Es el tema del Beatus Ilde que arranca de las odas oracianas. La divinidad para Fray Luis está presente en la armonía de las esferas como supremo maestro que tañe la lira inmensa del universo. La brosa en los nombres de Cristo y la perfecta casada representa un equilibrio perfecto de la religión humana.

la disposición y uso ponderado de los recursos retóricos. Con el siglo XVII España entra en un periodo de decadencia política ya iniciada en el último tercio del siglo XVI. No obstante, es en esta centuria cuando se da un mayor cultivo de las artes y las letras. Cervantes,

nacido a mediados del siglo XVI y uno de los escritores más preocupados de las cuestiones lingüísticas, propugna la misma técnica estilística de Juan de Valdés, habla llana, regida por el buen sentido del autor. Camino de las bodas de Camacho, el licenciado dice que la discreción es la gramática del buen lenguaje, para terminar así. Yo, señores, he estudiado cánones en Salamanca y pícome algún tanto de decir mi razón con palabras claras, llanas y significantes. Mateo Alemán, Vicente Espinel y Mariana, de la misma generación que Cervantes, observan su misma actitud lingüística. El equilibrio clásico se rompe en la generación posterior con las actudes extremistas.

de las dos poderosas personalidades del barroco, Góngora y Quevedo. Fluctuando entre el conceptismo y el culteranismo, Lope de Vega no ofrece una técnica uniforme en su lenguaje. Ingenioso y conceptista las más de las veces, se siente atraído con frecuencia por el brillante estilo de Góngora y lo imita. Góngora condensa en su poesía los mitos heredados del Renacimiento, acentuando la tendencia aristocrática iniciada por Herrera, que a fines del siglo XVI propugna una huida de lo cotidiano y una profusión de la imagen opuestas a la sencillez garcilasiana. Jamás en el lenguaje gongorino es evocado algo por su nombre, siempre lo es mediante metáforas que toman de la realidad su cualidad más ennoblecedora. Los seres se revisten de evocaciones mitológicas, los latinismos se prodigan en el vocabulario y en la sintaxis, y la serenidad garcilasiana se eriza en un dinamismo brillante y contorsionado. A la tendencia ennoblecedora de Góngora se opone la deformación de la realidad, la realidad del genio quevedesco.

espumas y perlas y nieves de púrpura gongorino, se opone una visión desengañada. Quevedo retuerce el idioma en un juego ingenioso del plano semántico e inventa términos nuevos para crear sus geniales caricaturas. En el transcurso del siglo XVI y también del siglo XVII se consagran los cambios consonánticos ya iniciados en la Edad Media y gracias a la acción unificadora de la imprenta van disminuyendo las vacilaciones en el tratamiento del timbre vocálico. Aunque no podemos hablar de fijación hasta el siglo XVIII. El castellano clásico ofrece más inseguridad en el tratamiento de la vocal átona. Si bien Valdés prefiere vanidad frente a vanedad, cubrir a cobrir, aún encontramos mejor en Santa Teresa y tiniente en el Quijote. La F inicial latina de fijo, fincar, es reservada para los numerosos cultismos. Santa Teresa escribe hecha por fecha, sin F ni H. Prueba. De que ya no se pronunciaba.

A su uso entre juristas debemos hoy fecha. Trasladada a la corte de Toledo a Madrid, Felipe II se rodea de la hidalguía norteña que opera revolucionariamente sobre el habla de Toledo más conservador. Garcilaso distinguía en sus rimas las silbantes sordas de las sonoras, aunque ya en el testamento de Fernando de Rojas encontramos maxuelo por mayuelo. El consonantismo de Castilla la Vieja representaba un esquematismo que se impuso no sólo por el prestigio de la nueva corte, sino por razones de economía lingüística. Al aflojarse las africadas, representadas en la grafía antigua por C con cedilla y Z, que se pronunciaban como TS en cabeza, DS en facer, y ensordecirse la segunda sonora, se adelantó el punto de articulación para unirse en el fonema interdental Z, que hoy escribimos concedilla. C en vicio y con Z en cabeza, confundiéndose en un solo fonema interdental sordo fricat.

Se anuló la distinción entre S intervocálica sonora y la doble S intervocal sorda. Santa Teresa, de Castilla la Vieja, escribe tuviese con una sola S en vez de tuviese con dos S por ser sorda. Decir con C con cedilla sorda en vez de decir, decir con DS sonora. De este

modo, para un oído menos sutil que el toledano, era más fácil distinguir entre coser con nuestra interdental de hoy y coser con nuestra áptico alveolar, sin necesidad de reparar en su grado de sordez o sonoridad. La confusión fue total en Andalucía, de donde pasó a América, y no cuajó en el castellano porque no ofrecía las ventajas de plena distinción a que había llegado la simplificación del sistema viejo castellano. La pérdida de la D intervocálica. La pérdida de la D intervocálica en la segunda persona del plural dio lugar al moderno tenéis y al argentino tenés. Y las formas nosotros y vosotros acaban por ser las que nos han dado la oportunidad de ver.

por imponerse a las medievales nos y vos. Las formas compuestas ofrecían la ventaja de no ser confundidas con el uso del singular en la lengua cortés o reverencial, aunque aún Garcilaso escribe ninfas a vos invoco, al lado de alce una de vosotras, y aún lo usan Herrera, Fray Luis y Arcilla. Se reserva el verbo haber como auxiliar despojado de su significación posesoria en español antiguo, y es cada vez más raro el uso de ser con la idea de situación, y en los estados resultantes de una acción anterior está escrito, va imponiéndose a, es dicho. El comercio cultural con el resto de Europa se manifiesta en un intercambio de léxicos, sobre todo importado de Italia. De entonces datan nuestros préstamos italianos, escopeta, escolta, parapeto en el vocabulario de guerra, novela, estancia, madrigal, cuarteto, soneto en el de la literatura, y en la vida de sociedad se importan capricho, vagatela, pedante, festejar, y sobre martelo se formará más tarde amartelar.

Música